

LA PRIMERA

Daniel Guebel, **Arnulfo o los infortunios de un príncipe**, De la Flor, 1987.

1980. Al escribir **Arnulfo o los infortunios de un príncipe** pensaba la literatura en términos operísticos: como la apoteosis de una voz cuya estridencia ocupa la escena para imponer la ilusión completa de un sentido. A esa prepotencia la llamaba "literatura transgresiva". Inscribir hoy **Arnulfo** en la tradición de la transgresión sería una convención no menos falsa, por meditada: sucede que me había encandilado la lectura más o menos simultánea de **Mi Madre** de Bataille; de **El Niño Proletario** de Osvaldo Lamborghini y de **El Pudor del Pornógrafo** de Alan Pauls, y aunque sólo a medias los entendía, rítmicamente quería curtir la onda. ¿Sade? Sólo el título. Y no podía dejar de ser un protonovelistas clásico: ficción de omnisapiencia, malos latines.

Arnulfo, entonces, les debe poco y nada gracias a la noble abstinencia de quien lo escribía. Mi incapacidad para aprovechar aquello que admiro se formuló literariamente como un desvío que (presuntuosamente) denominé: "mi estilo". Lo que resultó ni siquiera le debe mucho —y eso se nota— a Laurence Sterne, tan citado en el transcurso de sus infortunios. En **Arnulfo** la digresión no trabaja de manera programática, como en el *Tristram Shandy*; aquí es el inútil método que emplea una razón sobrepasada por las alternativas de una historia social-sexual-política-económica (y familiar) que es en sí misma un disparate. La tensión entre esta historia y las interpretaciones que de ella hace el narrador —un tipo verdaderamente frenético— es un detalle de interés que no descuidará el lector atento. A la altura de la mitad de la novela pasa como una sombra mi saludo a Charles Kinbote por boca de Sofía del Campo, esa reina tan amada. Sabemos que Kinbote es el exhaustivo comentarista de **Pálido Fuego**, poema en pareados decasilabos que escribiera John Shade (1898-1959) y que para mi desgracia sólo pude leer a destiempo. Y ya que estamos nabokoviando, recomiendo a los discípulos del brujo vienés que, si no pueden leer **Arnulfo**

de otro modo, lo hagan a la luz del curioso artículo "La novela familiar del neurótico", que conocí en los opiáceos finales de 1983 y que prueba que el detective Sigmundo, bien dotado para el don judío de la profecía, había atisbado en la maravillosas y espesas tinieblas de lo no nacido, y se las había arreglado para intuirme. Cuestión de estrabismos: a mi gusto, **Arnulfo** es un cuento de hadas; todos sus tópicos, sólo carece del burro que caga oro.

Que a una novela que postula la triplicación de la paternidad su autor le niegue ascendencia alguna... ~~los~~ para los policías de la cultura, una actitud sospechosa. ¡Documentos, entonces! Recuerdo que 1980 era aún tiempo de Jorge Rafael Videla, y que el discurso imperante se deleitaba en la abstrusidad conceptual y en la estolidez más monolítica de la que un patriota literato tenga memoria. Quizá por eso yo andaba buscando una lengua sedosa y flexible, con muchos arroyos y gotitas de sol: el amable repiqueteo de la picaresca española, delicadamente mechada con trozos escogidos del idioma de los argentinos, y servida en bandeja de plata inglesa. Pero **Arnulfo** se gangrenó de a ratos debido a la **infiltración de un cuerpo extraño**. La rigidez lexical del presente histórico se mezcló con la fructuosa leche que de hinojos mamé de Cervantes (aquí hay otro par de citas, y parasitan y se me cuelan un par de padres). Pero por suerte desconocí otras tentaciones; en **Arnulfo** no hay el **western** que permita augurar los módicos éxtasis civilistas del

radicalismo ni la banal reducción nominalista de la aliviadora pesadilla kafkiana.

Naturalmente, en una novela que yo soñaba genial (¡tenía 23 años!) no podían faltar manojos de lechuga, Junichiro Tanizaki, picadillo de textos indígenas, los consejos de San Martín a Merceditas y un libro de alquimia de Alberto el Grande. La novela de la pura posibilidad volvióse manual de instrucciones. Mi idea de una gran novela era que sucedieran un montón de cosas estúpidas. Sancho Panza pensaba lo mismo, y eso a Don Quijote lo ayudó bastante. Hoy, que descanso al amparo de mi venerable tía, dejo la hipótesis del genio para los Descartes; pero como de **Arnulfo** sigo siendo El Autor y éstas son épocas de cierto cinismo publicitario, déjenme asegurarles que el mío es un libro altamente recomendable. Bueno para la cadera de la dama y el bolsillo del caballero. Singularmente apto para ser obsequiado a familiares, amigos y conocidos en las Natividades de Vuestro Señor y a comienzo de Año, y practiquísimo a la hora de lucir un **décontracté** refinamiento cultural en las playas del verano. Contiene acción, metafísica, intriga, "escenas de sexo explícito", guerra, muerte y resurrecciones; caballos, cangrejos, pulpos, pañuelos, pijas, prótesis, globos, mascarar, altas torres; viejos, jóvenes, damiselas, guerreros, maricas, eunucos, tatuadores... Y un final inesperado, del cual deberán abstenerse los espíritus impresionables.

Daniel Guebel
Noviembre 1987